

El mundo de las etiquetas

Poco a poco se va introduciendo esa anómala idea de estar etiquetados. Como si en lugar de ser seres humanos los jóvenes estuviesen convirtiéndose en frascos de farmacia o botica, dado que antes de ser llamados por su nombre, primero responden a un apodo que puede incluir desde lo más ficticio, un número o la característica más peculiar de su personalidad.

Pareciera todo un juego, donde el ser llamado “el negro” fuese toda una diversión y un orgullo para quien lo acepta, sin darse cuenta de la discriminación que la sola palabra evoca, del terrible insulto que provoca.

Pero más allá de los apodos, se está involucrando un mundo de etiquetas que no sólo nombran a algunos, sino que clasifican, que sojuzgan y que hacen sentir mal. Ese mundo de etiquetas se está erigiendo en las nuevas generaciones., que han catalogado de acuerdo a las competencias materiales, a los rasgos, a los lugares de origen, a las religiones.



Etiquetas para los pobres, etiquetas para los ricos, etiquetas para quienes tiene automóvil y para quienes no; etiquetas para quienes “son de buena familia” y qué es ser de buena familia, no les basta con contar un excelente padre que da todo por su esposa e hijos, y con una madre que sufre los desvelos para arrullar a sus pequeños, con hermanos que brindan calor y amistad; todo esto lo pasan por desapercibido, para aquellos que etiquetan ser de buena familia significa un renombre social, una casa elegante, comida

exótica, padres que no ponen reglas a sus hijos, ¡cuán confundidos se están haciendo los jóvenes!.

Como si detrás de todo solo se encontrará el escueto capricho de la inmadurez y que llegando a la edad adulta pronto olvidarán, pero más allá de la diversión que provoca el clasificar a las personas, se encuentra el cómo se está viviendo, el cómo se observan a los demás y que gracias a ello incluirán o excluirán a otros jóvenes.

El mundo de las etiquetas margina constantemente, no conoce del respeto, no sabe de la tolerancia. Solo busca pretensiones e imágenes sociales, y provoca enormes huecos espirituales en la juventud, que se ha dejado seducir por esas ideas.

¿Es acaso el mundo material o el consumo lo que puede hacer la diferencia entre un ser humano u otro? ¿Vale más cuánto tienes que lo qué eres? Los jóvenes no pueden dejarse llevar por ideas tan absurdas como el poseer determinado objeto o pertenecer a cierta clase social, eso no brinda la felicidad. No se puede andar etiquetando a las personas como si éstas no tuviesen vida o como si fueses máquinas. El hombre no tiene un código de barras para ser identificado, puesto que ha sido creado con características que lo hacen irrepetible y único.

